

Humanos, ¿humanidad?

Ivana K



Capítulo 1

El 10 de mayo de 1940 el ejército alemán invade Holanda. Cuando los combates aéreos comienzan a producirse en Breda la población se ve obligada a abandonar sus hogares a pie con las pocas posesiones que llegaron a tomar. Para cada una de esas familias el rumbo era desconocido y el miedo era generalizado, pero la sensación de una muerte inminente era aún más terrorífica, lo que llevaba al pueblo a encarar la huida con velocidad y convicción.

Lea y Anna eran amigas desde que comenzaron a hablar; ambas nacieron en 1923 con, exactamente, veinticuatro horas de diferencia, lo que para ellas significaba una coincidencia divina. Vivían a dos calles de distancia, estudiaron siempre en las mismas escuelas y sus padres trabajaban juntos. Diecisiete años de pasar día tras día juntas y nunca se quedaban sin tema de conversación, ellas se consideraban más que amigas, eran hermanas.

Sus conversaciones fueron mutando a lo largo de los años, un día comentaban, no con la mejor intención, la relación entre Sarah y Emmanuel y, al día siguiente, solo hablaban de la situación política, cada vez existían más rumores sobre lo que les hacían a personas judías como ellas, pero Lea y Anna estaban convencidas de que todo lo iban a poder sobrellevar juntas, querían casarse al mismo tiempo y tener hijos a la misma edad, no concebían otra opción. Tenían miedo, pero pensaban enfrentarlo unidas, total Alemania era lejos y ni ellas ni sus familias estaban haciendo nada malo.

El día de la huida, hacía cinco largos días que no se veían. Cuando se reencontraron, se fundieron en un abrazo profundo pero corto, las familias las apuraban, tenían que escapar ya. Pasaron días sin comer, viviendo en la intemperie, con frío y miedo, pero siempre juntas.

El 10 de Julio de 1942, los judíos fueron obligados a subirse a un tren. Solo eso sabían, tenían que subirse a un tren. Las familias de Lea y Anna armaron valijas y obedecieron. Casi sin aire, sin comida y sin sanitarios, las amigas pasaron los seis días del tren tomadas de la mano hasta que llegaron a un lugar cuya leyenda era, "Auschwitz, el trabajo te hará libre".

Fueron obligados a dejar las valijas y a formar una larga fila. Primero estaba el papá de Lea, seguido de su mamá, ella y luego Anna, su papá, su mamá y su hermanito de cinco años. Ninguno sabía qué esperar y tampoco querían esperar nada. Por lo bajo solo se escuchaban palabras de aliento y de esperanza. Los padres de Lea, quienes la concibieron de

grandes, siempre le enseñaron que la unión hace la fuerza, por eso cuando el papá y la mamá son obligados a ir a la fila de la izquierda y ella a la de la derecha, sin saber lo que esto significaba, le gritaron que todo iba a estar bien, la unión hace la fuerza. reencontrarse, prontamente esperaba.

Los meses pasaron y ese momento nunca llegó, Lea ya estaba rapada, sucia y hambrienta. Ya no sabía quién era, quién había sido ni quién esperaba ser. No tenía sueños ni ambiciones, no tenía ganas ni fuerzas. La soledad fue su peor enemigo hasta que se dio cuenta de que siempre había algo peor; peleaba por comida, por un lugar para dormir y por ropa más abrigada, peleaba para sobrevivir solo porque había que hacerlo aunque no tenía ni la más mínima idea de para qué.

Los barracones se llenaban y ella se hacía más fuerte a la vez que su cuerpo se debilitaba, no podía permitirse que las nuevas le saquen lo que tanto le había costado conseguir.

- Hola, soy Anna, 188597.

Era una voz dulce y angelical, sabía que no era de su Anna, pero no quería darse vuelta para comprobarlo.

- ¿Entendes lo que te digo? ¿En qué idioma hablas?

Hablaban el mismo idioma, pero Lea no quería hablar, quería dormir y sentir que podía levantarse y que todo había sido parte de un sueño, como todas las noches.

- Si me entiendes, por favor contéstame, me separaron de mi familia y tengo miedo.

Lea no podía, sentía que ya no podía más, pero esa chica, esa voz, le recordó quién había sido. Sus únicos momentos de maldad fueron cuando se juntaba a criticar a las otras chicas con Anna, pero, más allá de eso, nunca había sido mala ni desconsiderada.

- Si, hablo tu mismo idioma, pero si quieres sobrevivir acá no tenes que hablar mucho -, responde Lea sin siquiera girar la cabeza.

- ¿Cómo te llamas? -, contesta Anna sin darle importancia al consejo.

- Me llamo Lea.

- Yo tenía una amiga que se llamaba Lea, pero nos separaron, mi mamá está en otro barracón y mi hermano no sé dónde está.

Lea dejó de escuchar después de que le contó lo de su amiga, "¿será?", pensó ilusionada.

Cuando gira la cabeza y la ve, ya se lo esperaba. No era su amiga, pero se encontró a una nena con una cara hermosa y asustada, le hizo acordar a ella misma cuando llegó y por eso se decidió a ayudarla, por lo menos a hacerle compañía, que no tenga que pasar por lo mismo que ella pasó.

Así fue como Lea y Anna, de Rotterdam, se hicieron amigas, se apoyaron y se defendieron.

Anna no paraba de hablar del futuro y Lea la escuchaba con mucha tristeza porque sabía que la probabilidad de que todo eso sucediera era muy baja, aunque también con un poco de esperanza; la voz de su nueva amiga le daba felicidad y, que ella no creyera todo eso posible, no inhabilitaba a que su amiga si lo hiciera.

Los días pasaron y el otoño le dio paso al invierno que llegó para que las dos amigas vieran morir a más chicas de lo habitual. Gran parte de sus días comenzaron a ocuparse con la nueva diversión de los nazis, debían estar paradas horas y horas en la intemperie, no importaba si llovía, nevaba o hacían -15°, todas ellas tenían que quedarse paradas y las que no lo hacían, no volvían. Tampoco volvían aquellos números que eran llamados por el oficial nazi de turno.

- 157861, 143930, 288732, ...

Ese momento era el peor, las amigas se sabían de memoria el número de la otra y lo único que podían esperar en esos momentos era no escucharlo.

- 188597.

Anna abrió grandes los ojos como si eso la hiciera escuchar mejor y diferente, no podía estar sucediendo eso. ¿Por qué la llamaban a ella? ¿Qué iba a pasar con sus planes?, ¿y con sus deseos? Su mamá se quedaría sola, se paralizó y no pudo avanzar.

- 217652.

"¿Por qué están llamando a otro número si yo no avancé?", piensa Anna mientras mira a su costado y no ve a Lea. Cuando se quiere dar cuenta, Lea está pasando frente a ella para unirse al grupo de chicas que ya habían convocado y le susurra:

- Cumplí tus sueños y mandale un beso a tu hermano de mi parte.

Le guiña un ojo y se mete dentro de la multitud. Siempre hablaban de que sus números eran parecidos, el tres podía confundirse con un ocho y Lea se aprovechó de esto para salvar a su amiga.

Pueden sacarte todas tus cosas y a todos tus seres queridos, pueden sacarte el nombre, la ropa, el pelo, pueden querer sacarte la humanidad.

Texto escrito por la hija de Anna, que siempre recordará que está viva gracias a Lea.